

## LA CENA

Hakim no pudo sino esbozar un sonrisa de complacencia al verla avanzar hacia a él: aquella esclava alta, rubísima, de cuerpo de infarto y ojos felinos... Quiso poseerla allí mismo, en el suelo, justo en el centro de la concurrida sala del restaurante, ante la mirada atónita de la clientela y aquel ejército de camareros vestidos de frac.

-Buenas noches señor Hakim Al Fayyar.

-Buenas noches Natasha -dijo él levantándose de la mesa, ofreciéndole la silla que tenía enfrente. Las luces cálidas y somnolientas del salón ardían en las paredes de color rojo vinoso.

-Me he permitido el lujo de pedir caviar y langosta. De segundo plato una carne asada que me han recomendado, y de postre flan -Natasha Béla rió sensual. Aquella golfilla de Bucarest, hija de una prostituta y un enamorado del vodka, muy pronto supo ocuparse de sí misma y de su hermano pequeño; y desde que tuvo uso de razón se juró ser una dama, una mujer educada y culta; y bella, más bella de lo que pudiera llegar a ser ninguna otra hembra humana.

-Me conoces muy bien Fayyar.

-No tanto. Ahora mismo desearía reconocer lo que creo que sé de ti, y llegar hasta el fondo de la cuestión... Con tu consentimiento y complicidad desearía ser uno contigo, en la habitación que he reservado para los dos.

-Acabo de sentarme y ya me quieres tumbar sobre un lecho de rosas.

-Es lo único que deseo noche y día. ¿Acaso no lo deseas tú también?

-Soy mujer de muy buen gusto... Por cierto, ¿has pedido ya el vino?

-En eso no me he atrevido tanto. Además los caldos suelen ser servidos mucho antes de la comida, y según mi criterio deben estar a la temperatura correcta. Como tú eres una enamorada del buen vino no sabía muy bien que desearías de acompañamiento -Natasha se apoyó sobre aquella mesa redonda cubierta por un mantel de fino hilo del mismo color granate que decoraba las paredes del local, y adelantó su cuerpo, rozando el tapete con unos pechazos almibarados que se bambolearon inclementes bajo el succulento escote de un vestido negro jaspeado de lentejuelas.

-Quiero el vino de los enamorados.

-Nuestro vino... -dijo el de Marrakech bajando la voz. Luego todo resultó fútil, banal, superfluo, irremediamente erótico y superficial. La comida que estaba succulenta fue olvidada entre bocado y bocado. Sus miradas se deleitaban en los ojos del otro, sin piedad. El vino llegó a tiempo, antes que la cena, y la pareja lo fue catando con avidez y mesura. Era el vino preferido de Nata, y el árabe no podía estar más de acuerdo con ella. Su textura de agua divina, su color de sangre limpia, su aroma afrutado y natural, su gusto profundo a barrica de roble, la frescura y juventud de la uva, la tonalidad, el aroma suave y eterno...

-Deberíamos dejarlo.

-¿Dejar de vernos? Pero...

-No te adelantes como siempre haces amor -el vino hacía su efecto. Las barreras de la discreción habían dado paso a la sinceridad-. Me refiero a nuestras respectivas profesiones.

-Natasha... Llevamos media vida dedicándonos a esto, desde que éramos unos niños.

-Unos niños envejecidos, sin infancia ni sueños. ¡Unos criminales! Eso es lo que somos Fayyar...

-Somos espías Nata, no delincuentes comunes -dijo el marroquí reticente, casi susurrando.

-Somos unos mozos todavía. No quiero seguir matando y corriendo por las calles enguantada en un traje elástico y negro, perseguida por el más abyecto de los criminales. Una vez estuve a punto de matarte... Te cruzaste en mi camino, y eras el principal impedimento para acabar con "El Jeque". Aun recuerdo cuando te di un par de hostias y no me devolviste ni una.

-Soy un caballero enamorado... Ya entonces estaba por ti -y después de un par de cucharadas que desgajaron el flan casero de huevo, después de pagar la taquicárdica cuenta sin que al dichoso caballero le temblara el pulso que firmaba el talonario, después de meterse en aquel lujoso ascensor que los elevó hasta la suite nupcial, después... solo después de todo eso pudieron echarse a la cama, rajarse las vestiduras y hacer el amor como unos condenados en el infierno, por lascivia por supuesto.

Fayyar amarraba los senos de su esposa por detrás, cuerpo con cuerpo, alma con alma... Entonces, frente a la torre Eiffel que se erigía como una inmensa antena abierta de piernas, a horcajadas sobre París, rodeada de lucecitas y azotada por las brisas nocturnas, Al Fayyar susurró al oído de la rumana:

-Hoy he catado el placer contigo... Ha sido ahora, en esta cama redonda cubierta con sábanas de raso grana, y ha sido antes, destilando tus palabras en mi magín, agitando suavemente el caldo que llenaba mi copa, aquel remolino burdeos enjaulado en cristal de Bohemia. Contigo soy feliz Nata, en cualquier parte del mundo, con dinero o sin dinero, siendo espía o alfarero. Pero si he beber para complacerte, si he de pecar, que ese vino triunfal sea el Beso de Requena, por ti amor mío..., ¡y por Alá!